

## Las fíbulas de Herrería III: elementos diagnósticos de la Primera Edad del Hierro

## The fibulae of Herrería III: diagnostic elements in the Early Iron Age

María Luisa CERDEÑO  
Universidad Complutense de Madrid  
mluisac@ucm.es  
<http://orcid.org/0000-0002-0153-8473>

Olga DE MIGUEL  
Arqueóloga. G. E. Escuelas Urbanas S. L.  
olg.miguel@gmail.com  
<http://orcid.org/0000-0001-7597-2064>

Fecha de recepción: 20-11-2020  
Fecha de aceptación: 16-03-2021

### RESUMEN

La necrópolis de Herrería tuvo una prolongada utilización desde el Bronce Final hasta bien entrada la Edad de Hierro. Su fase III, correspondiente al periodo Celtibérico Antiguo, ha proporcionado numerosos conjuntos cerrados significativos desde el punto de vista tipo-cronológico, que aportan nueva información sobre los inicios de la Edad del Hierro en la Meseta. Este artículo se centra en las 45 fíbulas recuperadas, clasificables en 10 tipos diferentes, de gran interés por estar bien contextualizadas.

**Palabras clave:** cultura material, crono-tipología, fíbulas, cultura celtibérica

**Topónimo:** Meseta española

**Período:** Primera Edad del Hierro

### ABSTRACT

The Herrería necropolis was in use for a considerable length of time, from the Late Bronze to the Middle Iron Age. Its third phase, corresponding to the Early Celtiberian Period, produced numerous assemblages that are significant from a typo-chronological point of view. These items provide us with new information about the beginnings of the Iron Age on the Spanish plateau. This paper focuses on the 45 fibulae discovered, classified into 10 different groups, and of particular interest on account of their perfect contextualisation.

**Keywords:** material culture, chrono-typology, fibulae, Celtiberian culture

**Place names:** Central Hispanic Plateau

**Period:** Early Iron Age

## 1. INTRODUCCIÓN

La investigación arqueológica apuesta desde hace algunos años por la revalorización de la cultura material porque, en definitiva, las evidencias materiales conservadas de las sociedades prerromanas constituyen la base de la arqueología. Recordar este principio parece algo elemental, pero lo repetimos porque en más ocasiones de las deseadas se utilizan registros obsoletos o mal ordenados como apoyo de variadas interpretaciones. Hacer revisiones críticas o actualizaciones de tipologías, corpus o catálogos no es un ejercicio arcaico, antes al contrario una obligación metodológica.

Esto es aplicable al estudio de la Edad del Hierro, cuando los elementos materiales se multiplicaron, ofrecen gran variabilidad y muchos se utilizan como diagnósticos de la época. Por ello, estamos obligados a utilizar tipologías renovadas como útiles herramientas metodológicas, controlar bien los datos en estudio y, a partir de ellos, intentar el acercamiento a las personas, pues no muestran solamente aspectos cronológicos o técnicos de la cadena operativa, sino también sociales, económicos e ideológicos.

Ahora fijamos nuestra atención en las fíbulas, sofisticación técnica de los antiguos alfileres y uno de los objetos más numerosos y representativos de la Edad del Hierro. Su variabilidad morfológica hizo que muchos autores las estudiaran y haya numerosos ensayos que ayudan a su estudio, aunque el descubrimiento de nuevos yacimientos con contextos cerrados, fechas absolutas y diversas analíticas obligan a actualizar los antiguos *corpus* para que sean un punto de apoyo estable. Creemos interesante hacer un análisis más detenido de los ejemplares encontrados en la necrópolis de Herrería III, sin olvidar los más escasos, pero similares de la fase I del castro de El Ceremeño. Ambos yacimientos, situados en el término de Herrería (Guadalajara), forman un conjunto arqueológico poco frecuente con valiosa información sobre el inicio de la cultura celtibérica, formada sobre precedentes inmediatos bien identificados en la necrópolis y buen ejemplo de la evolución cultural del reborde meseteño desde finales del II milenio a. C. hasta bien entrada la Edad del Hierro (Cerdeño y Juez, 2002; Cerdeño y Sagardoy, 2007 y 2016).

Las fíbulas proporcionan información diversa, pero como con cualquier otro material, el primer paso es su ordenación tipo-cronológica para que realmente sirvan como elementos diagnósticos de un determinado momento histórico. En este trabajo nos centramos en este aspecto y, por cuestiones de espacio, no podemos detenernos en otras interpretaciones, a las que tendremos que dedicar otro trabajo específico. Tampoco elaboramos nuevas clasificaciones, pues casi todos los ejemplares descubiertos se pueden englobar con nitidez en tipos ya conocidos. Subrayamos su interés porque han aparecido en contextos bien definidos, no aisladas, sino en el interior de tumbas en compañía de otros muchos objetos y estructuras con indudable valor tipológico y cultural, en asociaciones seguras, estratigrafías contrastadas y cronologías absolutas.

Herrería III es una necrópolis representativa del inicio de la Edad del Hierro por los materiales recuperados y las fechas radiocarbónicas obtenidas y, además, se superpone directamente sobre dos fases de ocupación anteriores, bien fechadas en el Bronce Final II y III, respectivamente. Gran novedad fue la sucesión de niveles de ocupación indicativos de la larga trayectoria cultural de los grupos asentados en estos territorios. En la tabla 1 se

resumen las características principales de la Primera Edad del Hierro de la necrópolis y del castro anexo.

**Tabla 1.** Características destacables de las fases culturales Herrería III y Ceremeño I

<b>HERRERÍA III</b> (153 tumbas)	VII-VI a. C. (VIII cal.)	Incineración Sepulturas en hoyo Empedrados tumulares 72 habitantes Ajuares generalizados: cerámica mano y torno, fíbulas, broches, pulseras, armas de hierro, cuentas collar, etcétera.	<b>CEREMEÑO I</b> (10 viviendas delimitadas)	VII-VI a. C. (VIII cal.)	Murallas Poblado "calle central" Viviendas rectangulares 73 habitantes Cerámica a mano Decoración excisa Morillos prismáticos Cerámica ibérica ¿importación? Fíbula pivote Fíbula Acebuchal Fíbula Bencarrón
-------------------------------------	--------------------------------	--	--	--------------------------------	---

Fuente: elaboración propia

La cronología absoluta, a partir de una veintena de dataciones radiocarbónicas, es relevante y ratifica que la Edad del Hierro no empezó en la Meseta en el rutinario siglo VI a. C., sino mucho antes, como en el resto de los territorios peninsulares y europeos. Es decir, que no hubo siglos oscuros, sino falta de información sobre los mismos y la Edad del Hierro enlaza directamente con las fases finales de la Edad del Bronce.

La cronología está avalada por la estratigrafía del yacimiento: dos primeras utilizaciones del Bronce Final II-III, con fechas absolutas entre 1200-790 a. C. (Cerdeño y Sagardoy, 2016: 209-216), que enlazan con la fase Herrería III, confirmando la utilización ininterrumpida del mismo lugar funerario durante casi un milenio. Disponemos de menos fechas absolutas en los primeros niveles de la Edad del Hierro, pero las obtenidas en el castro y en el nivel celtibérico de la necrópolis abarcan una horquilla similar, entre 790-525 a. C. (1 sigma) (Vega, 2002: 126-131 y 2007: 183-186), que coincide con las obtenidas en otras necrópolis celtibéricas como Griegos (Chordá, 2008-2009 y 2014), Montón de Tierra (Collado *et alii*, 1991-1992), Cabezo de Ballesteros (Pérez Casas, 1990) o El Inchidero (Arlegui, 2012).

No es este el lugar de discutir el problema y el uso de las dataciones radiocarbónicas en contextos protohistóricos pues, aunque algunos autores piensan que solo las utilizamos para confirmar cronologías previamente aceptadas (Vega, 2007: 183), nosotras creemos que sí son relevantes y pueden fijar de forma más precisa las secuencias estratigráficas. Otra cuestión sería que, al establecer paralelos entre unos lugares y otros, los autores utilicemos indiscriminadamente fechas históricas, arqueológicas o radiocarbónicas con y sin calibrar.

## 2. DESCRIPCIÓN DE LAS FÍBULAS

Describimos los ejemplares recuperados durante la excavación, considerando que todos se usaron durante el intervalo de tiempo estimado para Herrería III (tabla 2). La diferencia que puede haber entre ellos es que algún tipo se conoce exclusivamente en la Primera Edad del Hierro, por ejemplo el de pivote, y otros fueron evolucionando continuando su uso en momentos posteriores, como el de doble resorte.

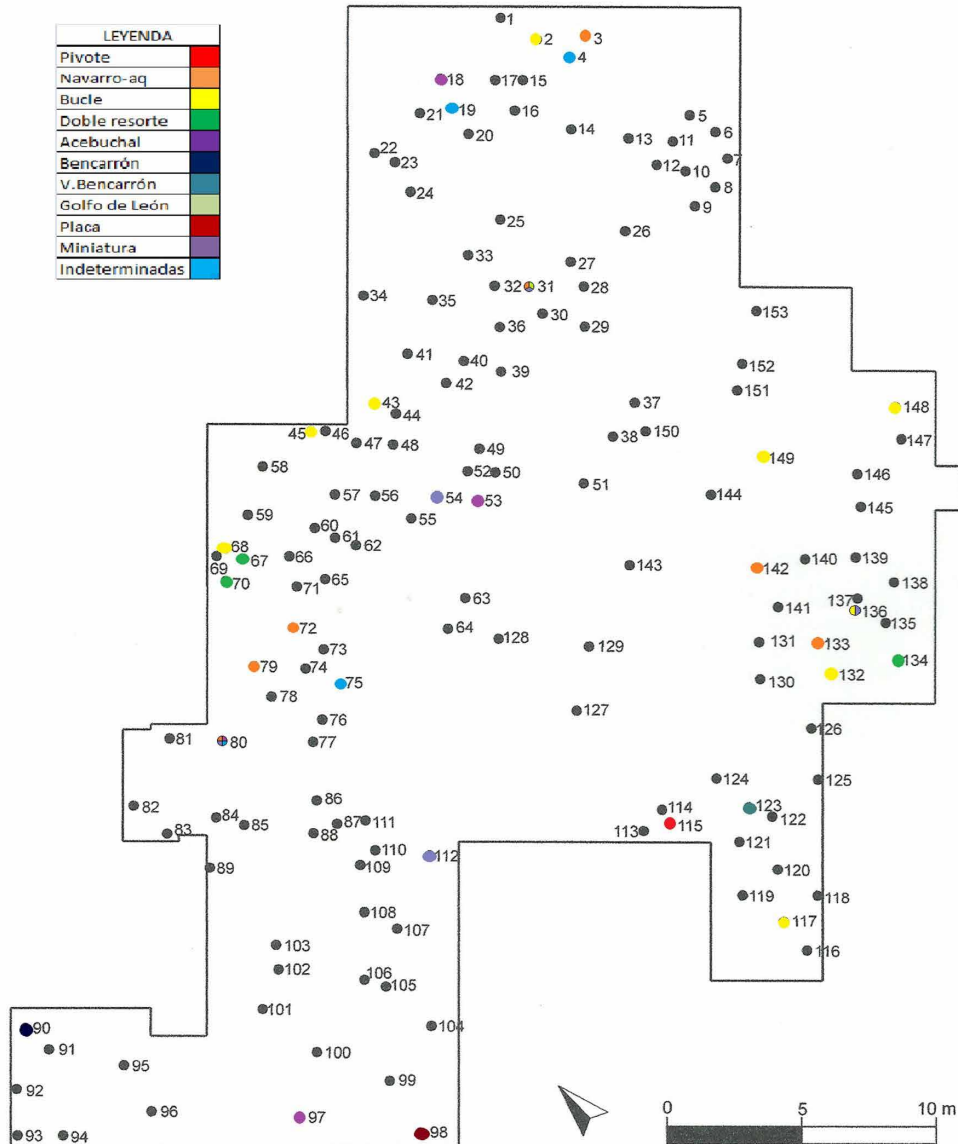
Las 45 fíbulas estudiadas, completas o fragmentos, estaban repartidas en 31 tumbas, un 20 % de los enterramientos totales. Las hemos incluido en diez modelos diferentes bien conocidos desde hace mucho tiempo, alguno más novedoso en Celtiberia, como las miniaturas o la variante de Bencarrón. La tabla 2 muestra todos los ejemplares y su

adscripción tipológica, resaltando que en cinco enterramientos se recuperó más de una fíbula. La distribución de los tipos dentro de la necrópolis no parece seguir un patrón específico de agrupamiento, como comprobamos en el plano (figura 1).

**Tabla 2.** Las fíbulas recuperadas en la necrópolis y su adscripción tipológica

MODELO	FÍBULAS
PIVOTE	T.115
NAVARRO-AQUITANA	T.3 T.31 T.72 T.79 T.80 T.133 T.142
BUCLE	T.43 T.45 T.68 T.117 T.132 T.136 T.148 T.149
DOBLE RESORTE	T.67 T.70 T.97 T.134
ACEBUCHAL	T.18 T.53 T.80
BENCARRÓN	T.90
VARIANTE BENCARRÓN	T.123
GOLFO DE LEÓN	T.2 T.31
PLACA	T.98
MINIATURA	T.31 T.54 T.80 T.112 T.136
INDETERMINADAS	T.4 T.19 T.75 T.80

Fuente: elaboración propia

**Figura 1.** Distribución de las fíbulas en el espacio necropolitario

Fuente: elaboración propia

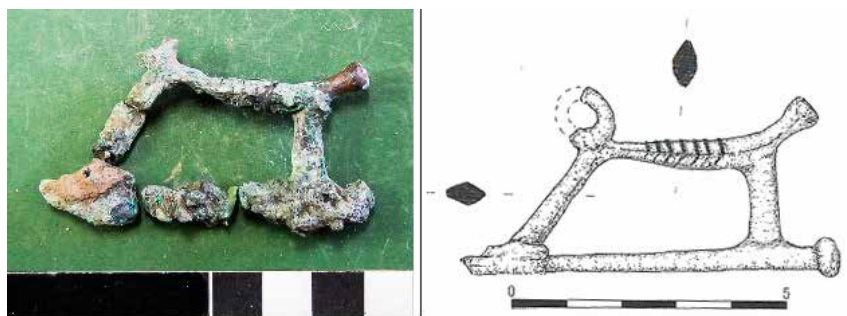
### 2.1. Fíbula de pivote

Encontrado un solo ejemplar de bronce en la tumba 115 (figura 2), con puente de sección romboidal decorado en su rama superior con líneas incisas; la rama posterior encaja en la aguja y la anterior se prolonga en el corto pie, incompleto, con mortaja; el acodamiento delantero del puente está rematado por una anilla; mide 70 mm de longitud y 35 mm de altura máxima (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 87 y 128). Interesante por ser un modelo poco abundante en la Meseta, siendo significativo el hallazgo de otro similar, con ciertas variantes, en Ceremeño I (figura 3) (Cerdeño y Juez, 2002: 73 y 82). La clasificación de las fíbulas de pivote realizada recientemente incluye los ejemplares del castro y de la necrópolis en sus grupos B.3 y B.4 respectivamente (Carrasco *et al.*, 2016: 131).

Considerada una variante de las fíbulas de codo (Almagro Basch, 1957 y 1966; Cuadrado, 1963; Argente, 1994: 46), fue objeto de atención por parte de los investigadores interesados en su origen y evolución posterior y, aún hoy en día, suscita interés a medida

que se conocen más ejemplos fiables, frente a la descontextualización de las viejas colecciones. Siempre se miró hacia el sur de Italia o Chipre, como camina hacia el sur de la península ibérica, donde evolucionarían a modelos propios. Cuadrado (1963: 12) pensó que desde Huelva subieron por Extremadura hasta la Meseta, aunque eso no explica bien el foco celtibérico.

**Figura 2.** Fíbula de pivote de la tumba 115



Fuente: elaboración propia

**Figura 3.** Fíbula de pivote de la vivienda C de Ceremeño I



Fuente: elaboración propia

Ahora se piensa en una creación peninsular y es interesante el mapa de dispersión (Carrasco *et al.*, 2016: 120) donde los dos principales focos se concentran en: (i) costa mediterránea, especialmente Cataluña y norte del País Valenciano, bajando en menor medida hasta Andalucía Oriental y (ii) Meseta norte, destacando varios ejemplares en área celtibérica. Ciertamente, es en ambos territorios donde menos ejemplares se conocen del supuesto precedente de codo.

La aguja encontrada en el yacimiento de Fuente Estaca, a escasos 20 km de Herrería y fechado, éste sí, en el Bronce Final (Martínez Sastre, 1992: 76), amplía la presencia de este modelo en Celtiberia. Igualmente son interesantes las fíbulas encontradas en nuevos yacimientos catalanes, especialmente en Can Piteu-Can Roqueta (Marlasca *et al.*, 2005:1041-1044) muy similar estratigráficamente a Herrería, desde el Bronce Final hasta entrada la Edad del Hierro, así como en los ritos, estructuras funerarias o materiales metálicos, como las fíbulas de pivote, doble resorte y Acebuchal situadas en la fase de tránsito entre el Bronce Final y la Edad de Hierro (López Cachero y Rovira, 2012: 43-45). Los criterios sobre la cronología de este modelo han variado desde considerarlo más moderno que el de codo, del que supuestamente derivaba, hasta encuadrarlo solo en el Bronce Final, siglos IX-X a. C. (Carrasco y Pachón, 2006: 107), a pesar de encontrarse en contextos inequívocos de la Primera Edad del Hierro, a finales del siglo VIII-principios del VII a. C.

## 2.2. Fíbulas navarro-aquitanas

Fabricadas en hierro y con distribución geográfica restringida, Herrería ofrece 10 ejemplares, repartidos en 7 tumbas. Destaca la tumba 31 con cuatro fíbulas de este tipo (figuras 4 y 5), otra de bronce tipo Golfo de León y el muelle de una sexta fíbula, aparte de otros objetos que indican un ajuar de claro prestigio; la mejor conservada tiene una longitud de eje de 107 mm y 47 mm de altura (Cerdeño y Sagardoy 2007: 51 y 126).

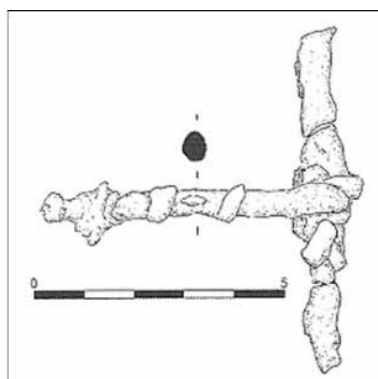
En las cuatro de hierro, los discos de bronce del eje hacen juego con los discos del mango de un cuchillo también de hierro, formando un conjunto. Desde el punto de vista tipológico recalcamos el interés de este cuchillo de dorso recto y punta curvada por ser un tipo bien conocido desde el Bronce Final en Cataluña y el sur francés, como muestra un reciente estudio sobre ellos (Zamora, 2015: 21).

**Figura 4.** 1-Fíbulas navarro-aquitanas y puñal a juego de la tumba 31. 2-Puente de la fíbula de la tumba 142



Fuente: elaboración propia

**Figura 5.** Fíbula navarro-aquitana de la tumba 79



Fuente: elaboración propia

Su inicial descubrimiento en la Aquitania francesa y en Navarra le valió el nombre con el que todavía se las conoce (Maluquer, 1953; Maluquer y Vázquez de Parga, 1957), aunque pronto aparecieron ejemplares en Aragón, Cataluña y la Meseta, especialmente en área celtibérica (Cerdeño y Chordá, 2004: 169). La mayoría de las fíbulas francesas proceden de excavaciones antiguas y carecen de contexto (Consantine y Bilbao, 2013: 309) pero fueron catalogadas hace décadas en tipos y variantes (Mohen, 1974 y 1980: 242) a partir de las necrópolis pirenaicas (Fourques-sur-Garonne, Barbaste (Casblanc), Aubagnan, Mant

o Loerentie), tipología que todavía se mantiene, al igual que la tradicional cronología que entonces se les otorgó a partir del 500 a. C. Casi todos los modelos encontrados en la península se pueden encuadrar en los tipos 3222 y 3223 de Mohen.

La distribución a este lado de la Pirineos es significativa, distinguiéndose tres núcleos principales, con yacimientos emblemáticos de la Primera Edad de Hierro: (i) Navarra, en El Alto de la Cruz de Cortes de Navarra, La Atalaya, La Torraza, El Castejón de Arguedas o El Castillo de Castejón; (ii) núcleo catalán más minoritario con ejemplares en Rosas, Mas de Mussols, Can Canyis o La Pedrera; (iii) núcleo celtibérico, con ejemplares en once necrópolis como La Umbría, Griegos, Molina-Chera, Herrería, Sigüenza o La Mercadera.

Recientemente se estudian 25 fíbulas navarro-aquitanas de la necrópolis de El Castillo de Castejón, mayoritariamente de su fase I fechada en el siglo VI (Faro, 2018: 96, 163). Pero echamos de menos la descripción individual de cada tumba (Faro, 2017; Faro y Unzu, 2006) para valorar adecuadamente los conjuntos y asociaciones, ya que el siglo VI a. C. no está argumentado y creemos que muchos materiales de esta fase permitirían situarla desde el verdadero comienzo de la Edad del Hierro, uno o dos siglos más atrás.

Como subrayaremos después, la dispersión restrictiva del modelo indica rutas por las que se movieron los primeros objetos de hierro, seguramente elementos selectos de indudable valor. Los contextos antiguos de los yacimientos y la abundancia de hierro en las estribaciones del Sistema Ibérico, nos hizo pensar en invertir el sentido tradicional de las influencias culturales, que siempre se había supuesto extra peninsulares. Esta idea se retomó en un estudio conjunto de fíbulas españolas y francesas donde se propone que Celtiberia fue el foco originario de estas fíbulas, después aparecieron en el Valle del Ebro y finalmente en el sudoeste francés (Constantine y Chordá, 2014: 229).

### 2.3. Fíbulas de bucle

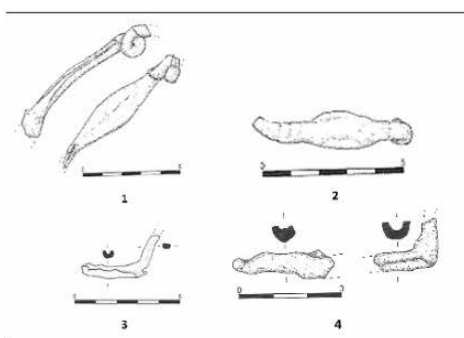
Encontrados 8 ejemplares de bronce en otras tantas tumbas, aunque solamente en la tumba 132 está completo, pero fragmentado (figuras 6 y 7). El eje conserva 21 espiras, el puente está formado por dos ramas de cinta con el bucle central, se prolonga en el pie con profunda mortaja, donde se aloja la aguja; mide 160 mm de longitud total y 98 mm el eje. El resto de los fragmentos son pies con mortaja o fragmentos de puente (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 92 y 127).

**Figura 6.** Fíbulas de bucle: 1-Tumba 132. 2-Tumba 136



Fuente: elaboración propia



**Figura 7.** Fíbulas de bucle: 1-Tumba 148. 2-Tumba 149. 3-Tumba 43. 4-Tumba 117

Fuente: elaboración propia

Modelo de gran tamaño, es conocido en contextos de la Primera Edad del Hierro y bien representado en la Meseta Oriental, adonde supuestamente llegó desde el Ebro. Se consideró derivada del modelo italiano “ad ochio”, evolucionado con variaciones en territorio hispano (Cuadrado, 1963: 18; Gil-Mascarell y Peña, 1989: 125) y con la habitual cronología de los siglos VI-IV a. C. (Argente, 1994: 59-62).

#### 2.4. Fíbulas de doble resorte

Representadas en Herrería por cuatro ejemplares de bronce descubiertos en otras tantas tumbas, en diferentes estados de conservación (figuras 8 y 9). En la tumba 134 había una fíbula completa, con puente ligeramente romboidal y resortes de tres espiras, uno de los cuales se prolonga en la aguja y el opuesto en el pie con mortaja; mide 68 mm de longitud y 38 mm de altura. La tumba 67 conservaba un puente de cinta, de 60 mm de longitud y 17 mm de anchura, con uno de los resortes de cuatro espiras y la tumba 70 proporcionó otro puente de cinta de 75 mm de longitud y los dos resortes. Finalmente, en la tumba 97 aparecieron dos resortes incompletos, con 5 y 6 espiras respectivamente, el último prolongado en la aguja de 73 mm de longitud (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 67, 69, 79, 93 y 128).

Es uno de los modelos más difundidos en la península ibérica, encontrándose prácticamente en todas las regiones. Su largo período de uso propició la evolución del modelo original diferenciándose sobre todo el puente, que teóricamente comenzó siendo filiforme y de cinta y fue ensanchando hasta finalmente tener forma de cruz (Cuadrado, 1963: 19; Argente 1994: 52), como algunos ejemplares de Miraveche-Bernorio. Igualmente se especuló sobre el lugar de origen, siempre exógeno, primando la procedencia italiana como derivada de las fíbulas “ad ochio”, para evolucionar en nuestro territorio desde bucle original hasta los dos resortes que enmarcan el puente (Cuadrado, 1963: 24). También se sugirió un origen más lejano, en área palestino-sirio-chipriota, que pasaría por el núcleo italo-siciliano antes de llegar a la península a través del comercio fenicio, entrando por el sur y llegando hasta Cataluña y la Meseta. De nuevo rutas poco contrastadas y hoy en revisión, apuntándose contactos directos entre el interior meseteño y el nordeste peninsular (Graells, 2014: 217).

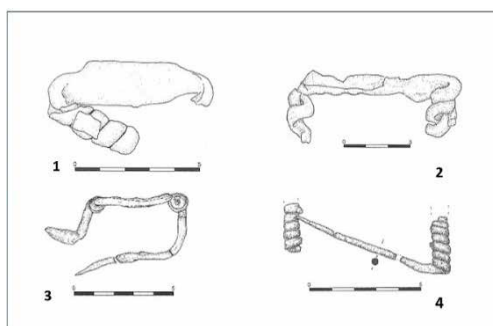
De nuevo subrayamos el interés de sus principales focos de distribución en la Península: (i) Andalucía, donde son bastante numerosas, (ii) desembocadura del Ebro hasta el curso medio y alto, (iii) la Meseta, especialmente celtibérica, donde aparecen modelos antiguos. Su cronología fue discutida por su largo uso y las numerosas variantes consecutivas, aunque los primeros modelos están bien documentados en yacimientos de la Primera Edad del Hierro.

**Figura 8.** Fíbulas de doble resorte: 1-Tumba 67. 2-Tumba 134



Fuente: elaboración propia

**Figura 9.** Fíbulas de doble resorte: 1-Tumba 67. 2-Tumba 70. 3-Tumba 134. 4-Tumba 9



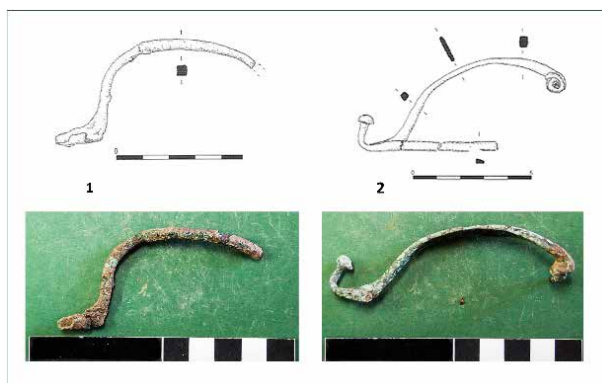
Fuente: elaboración propia

Los tres modelos siguientes, Acebuchal, Bencarrón y Golfo de León, se consideran tipos emparentados con similitudes en su diseño. Cuadrado (1963: 30) los incluyó en su grupo “pie largo con botón terminal” y Storch (1988: 194) unió las dos primeras, junto a tipos portugueses, en las “fíbulas tartésicas”, al ser en sitios del valle medio del Guadalquivir donde fueron identificadas inicialmente.

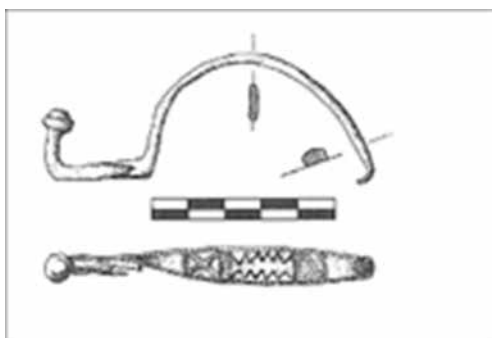
### 2.5. Fíbulas tipo Acebuchal

Recuperadas tres fíbulas de bronce (figuras 10 y 11). Una completa en la tumba 53 con resorte bilateral de cuerda interior, puente laminar ligeramente romboidal y pie vuelto rematado en botón semiesférico; mide de 90 mm de longitud y 38 mm de altura. Otra en la tumba 18 conserva el puente de sección cuadrada, prolongado en un pie incompleto con mortaja y mide 90 mm longitud y 40 mm de altura. En la tumba 80 un fragmento de un pie vuelto, de 18 mm de altura, rematado en pequeño botón esférico que corresponde a las características de este tipo (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 44, 60 y 72). Mencionamos el interés de la fíbula con puente laminar decorado, encontrada en la despensa de la vivienda C del castro de El Ceremeño I (figura 11), junto a una fíbula tipo Bencarrón (Cerdeño y Juez, 2002: 41 y 72).

La preocupación de los investigadores se centró en su procedencia y distribución, apuntándose primero un origen hallstático y posteriormente mediterráneo, llegando al sur de la península desde Italia u otros enclaves griegos del sur de Francia. Su cronología se mantuvo en los repetidos siglos VI-IV a. C. (Cuadrado, 1963: 32, 43 y ss; Argente 1994: 80), a pesar de que muchas estaban descontextualizadas y otras procedían de enclaves de la Edad del Hierro inicial.

**Figura 10.** Fíbulas tipo Acebuchal 1-Tumba 18. 2-Tumba 53

Fuente: elaboración propia

**Figura 11.** Fíbula tipo Acebuchal, de la vivienda C del castro Ceremeño I

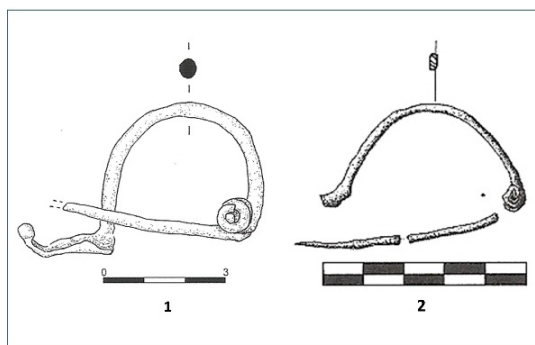
Fuente: elaboración propia

### 2.6. Fíbula tipo Bencarrón

En la tumba 90 se encontró un ejemplar completo en buen estado de conservación (figura 12), fabricada en bronce, corto resorte bilateral de 5 espiras, puente de sección circular formando un arco alto y cerrado, pie corto rematado en botón y de 58 mm de longitud y 35 mm de altura (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 76).

El modelo toma su nombre de la necrópolis tartésica homónima y, como en el caso anterior, ofrece variaciones en el puente que puede ser laminar o de sección circular (Storch, 1988: 237. Martínez Ruíz, 1989: 159). La de Herrería es muy similar a la publicada por Cuadrado (1963: 31), que se conservaba en los fondos del Museo Arqueológico Nacional. Los primeros hallazgos en yacimientos del valle del Guadalquivir y Portugal reforzaron la idea genérica de su origen mediterráneo-chipriota, identificándola con las de puente alto de sección más fina, resorte simple y sin pie (Giesen, 2001). Posteriormente llegaría al sur peninsular y se extendería por el territorio de Los Alcores, durante un corto periodo de uso entre los siglos VIII-VI a. C. (Ruiz Delgado, 1989).

**Figura 12.** Fíbulas tipo Bencarrón: 1- Tumba 90 de Herrería III. 2-Vivienda C de Ceremeño I

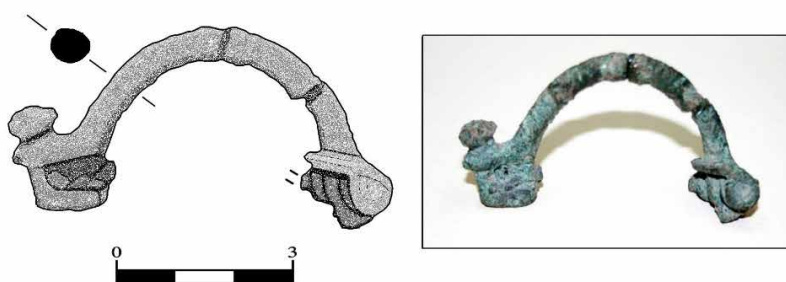


Fuente: elaboración propia

### 2.7. Fíbula “variante” de Bencarrón

Dedicamos un apartado específico al ejemplar encontrado en la tumba 123 dado que presenta alguna característica novedosa (figura 13), aunque su esquema general encaja en el tipo Bencarrón definido por Cuadrado (1963: 31). Es una fíbula de bronce con corto resorte bilateral de 5 espiras y cuerda interior, puente de sección cuadrada con arco casi semicircular y, como distintivo, un pie corto rematado en botón plano, que se prolonga hacia abajo en un chapita cuadrada que forma la mortaja; mide 60 mm de longitud y 30 mm de altura (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 89 y 128). Esta singularidad del pie y la mortaja no tienen paralelos claros con fíbulas del entorno, pero sí similitud con algunas fíbulas del Museo Nacional de Paestum que conocemos a partir de fotografías, desconociendo los contextos exactos<sup>1</sup>.

**Figura 13.** Fíbula variante del tipo Bencarrón, encontrada en la tumba 123



Fuente: elaboración propia

### 2.8. Fíbula tipo Golfo de León

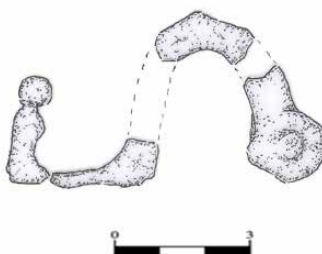
La fíbula de bronce de la tumba 31, conservada casi entera, aunque en mal estado (figura 14), tiene resorte bilateral, puente de arco muy pronunciado y pie vuelto en ángulo recto rematado en botón esférico; mide 50 mm de longitud y 20 mm de altura. También incluimos en este tipo el extremo de un resorte rematado en botón esférico, recuperado en la tumba 2 (tabla 2) (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 40 y 51).

Cuadrado (1963: 34) incluyó este modelo en el mismo grupo que los dos anteriores, destacando su menor tamaño, no mayor de 5 cm, denominándole así por su mayor

<sup>1</sup> Exposición temporal “Action painting rito & arte nelle tombe di Paestum”, año 2017.

concentración en la región franco-catalana y desde allí pasaría por el Ebro hasta la Meseta. Argente lo definió como tipo 7B de pie vuelto con “prolongación en cubo o esfera” (Argente, 1994: 80) y otros autores le dieron diferentes nombres (Navarro, 1970: 56; Cabré y Morán, 1977: 130). Señalamos su relativa abundancia en el área celtibérica, conservándose varios ejemplares en casi todas las necrópolis de la colección Cerralbo (Argente 1994: 82), bastante similares a la encontrada en Herrería. De nuevo Celtiberia se convierte en uno de los focos de dispersión relevantes y de nuevo recordamos el minucioso estudio sobre las fíbulas itálicas de la Primera Edad del Hierro en el Golfo de León, donde también se analizan otros modelos autóctonos considerados producciones locales que circularon desde la costa hasta territorios del interior (Graells, 2014: 273) de los que no debe excluirse la Meseta, como estamos comprobando.

**Figura 14.** Fíbula tipo Golfo de León de la tumba 31



Fuente: elaboración propia

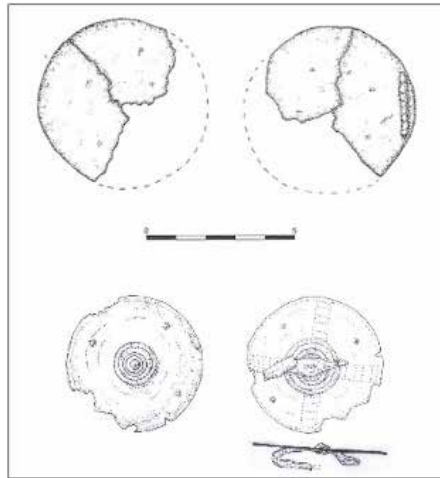
### 2.9. Fíbulas-placa

Recuperados cuatro ejemplares de bronce, agrupados de dos en dos, una pareja en la tumba 98 y una segunda entre la tierra revuelta, cerca de esta misma tumba (figura 15). Todos los discos miden 55 mm de diámetro y en uno del segundo par se conserva bien la decoración troquelada de puntos y círculos concéntricos en el centro y mecanismo de cierre simple con puente ligeramente romboidal doblado sobre sí mismo y sin resorte (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 79 y 128).

La característica principal del tipo es la presencia de una placa circular o cuadrada a veces decorada, unida por pequeños clavos, grapas o soldada al mecanismo de cierre, con formas de arco simple, pie vuelto o doble resorte. No es demasiado abundante, concentrándose en Cataluña (Navarro, 1970), Levante y la Meseta. Fuera de la península hay ejemplos en la zona continental y mediterránea, pero con claras diferencias morfológicas.

Destacamos las siete fíbulas de la necrópolis celtibérica de Clares (colección Cerralbo) agrupadas en el tipo 9B de Argente (1994: 96, 413, 417). De las tres más parecidas a las de Herrería, una tiene el mecanismo de doble resorte y las otras dos más simple, muy parecido a las dos fíbulas placa encontradas en la necrópolis de Molina-Chera (Cerdeño, 1980: 154). También destacamos la similar asociación de este tipo con fíbulas navarro-aquitanas, torques, cuchillos de hierro, etcétera, en la necrópolis navarra de El Castillo de Castejón (Faro, 2018: 112). Por otra parte, el estudio realizado sobre las fíbulas franco-catalanas las considera producciones locales (Graells, 2014: 254, 295). En general se propuso una cronología para todas ellas desde siglo VI a. C. y a lo largo de la Edad de Hierro, que creemos hay que revisar ya que mayoritariamente han aparecido en contextos antiguos de este período.

**Figura 15.** Fíbulas placa encontradas en y alrededor de la tumba 98



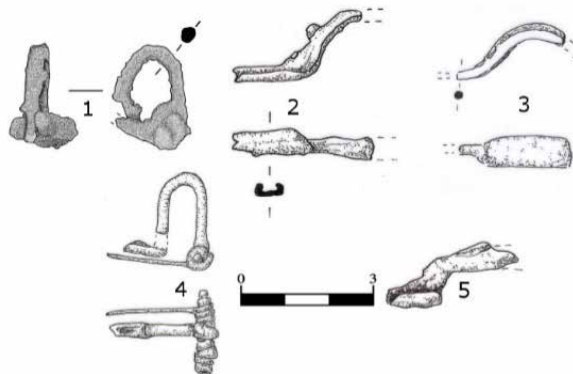
Fuente: elaboración propia

### 2.10. Fíbulas miniatura

Hemos incluido bajo esta denominación cinco piezas, completas o fragmentos, atendiendo a su característica principal que es el pequeño tamaño, inferior a los 3 cm de longitud, pensando si es un criterio destacable (figuras 16 y 17). Nunca se las ha tratado de manera específica, quizás por ser modelos parecidos a otros de mayor tamaño, aunque con frecuencia ni se describen.

El tamaño está relacionado con la función a que estuvieran destinadas viendo, por ejemplo, el contraste con las de bucle que las triplican en longitud y altura. Los tipos miniatura se utilizarían bien para prendas infantiles o bien para la sujeción de tejidos muy finos que necesitasen una sujeción delicada. Profundizar en este tema sería de gran interés social, puesto que ayudaría a individualizar a las personas que las usaban, niños o bien hombres/mujeres con un tipo de vestimenta diferente al tradicional *sagum* celtibérico pero, como hemos dicho en líneas precedentes, ello requeriría una atención detenida y excedería el espacio de este trabajo.

**Figura 16.** Fíbulas miniatura: 1-Tumba 54. 2-Tumba 80. 3-Tumba 112. 4 y 5-Tumba 136



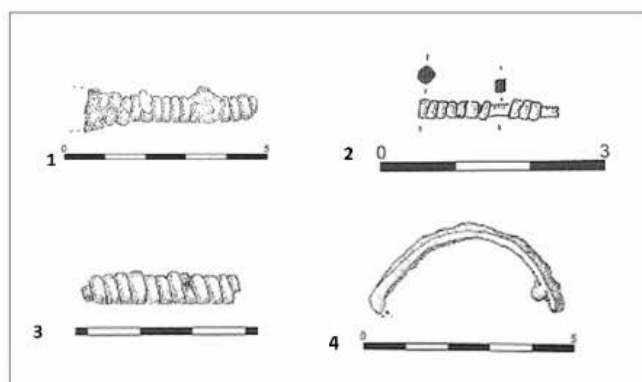
Fuente: elaboración propia

**Figura 17.** Detalle de fíbulas miniatura: 1-Tumba 54. 2 y 3- Tumba 136

Fuente: elaboración propia

### 2.11. Fíbulas indeterminadas

Agrupamos en este apartado fragmentos aparecidos en varias tumbas cuya adscripción a un tipo concreto no es concluyente (figura 18). Incluimos el posible puente de cinta de sección rectangular, encontrado en la tumba 80, que marca 50 mm de longitud y 25 mm de altura del arco, que se curva en uno de sus lados para enrollarse al eje del resorte. Igualmente incluimos los fragmentos de muelles arrollados sobre un eje, recuperados en varias tumbas: el de la tumba 4 conserva 16 espiras y 43 mm de longitud, el de la tumba 19 conserva 11 espiras y 29 mm de longitud y el de la tumba 75 conserva 10 espiras y 19 mm de longitud, que podrían pertenecer a alguno de los modelos antes descritos.

**Figura 18.** Fragmentos de fíbulas indeterminadas: 1-Tumba 4. 2-Tumba 19. 3-Tumba 75. 4-Tumba 80

Fuente: elaboración propia

## 3. INTERPRETACIÓN DE LOS DATOS

La aparición de tantos tipos de fíbulas juntos ya es, en sí mismo, un dato significativo desde el punto de vista metodológico, pues todos se usaron durante la misma fase de la necrópolis. Las dos fechas radiocarbónicas obtenidas en ella ofrecen una horquilla de casi un siglo, hecho habitual en la Edad del Hierro donde se documentan intervalos culturales bastante homogéneos de 100-150 años de duración.

Las 153 tumbas de Herrería III estaban bien estratificadas pues se asentaban directamente sobre las estructuras tumulares de la fase anterior bien identificada, a su vez, por las 196 tumbas que la representan y en las que no aparecieron ninguno de los objetos que encontramos en los ajuares posteriores. No tendemos ahora de atender a las dos

primeras utilizaciones del cementerio para no alargar el texto, pero recordamos que las 16 fechas radiocarbónicas del Bronce Final de Herrería I y II indican continuidad con las más recientes, igual que con las de los yacimientos celtibéricos ya mencionados de Aragón, Guadalajara y Soria. Por ello, creemos que no se deben desestimar, dado que perfilan una secuencia ininterrumpida desde el Bronce Final hasta bien entrada la Edad del Hierro.

Es necesario conocer los conjuntos completos de los elementos estudiados y no solo la tipología de un elemento aislado y por ello, además de las fíbulas, conviene recordar los demás objetos asociados a ellas en los yacimientos que estudiamos (tabla 1), así como las relevantes estructuras funerarias o el tipo de ofrendas, que pueden verse con más detalle en las publicaciones correspondientes. Subrayamos las formas de la cerámica a mano y las decoraciones incisa, grafitada o excisa de Ceremeño I, la cerámica a torno ibérica (importación/imitación), las arcaicas cuentas de collar de barro, los morillos prismáticos, los diferentes broches de cinturón, las primeras armas de hierro, etcétera (Cerdeño y Chorda, 2017: 57). Resaltamos especialmente los broches de cinturón porque es frecuente que aparezcan junto a las fíbulas y en Herrería se recuperaron 22 ejemplares repartidos en 21 tumbas, en algunas coincidiendo con ellas, siendo un buen ejemplo de objetos revisables, por las mismas razones ahora esgrimidas, ya que la tipología utilizada la realizamos hace ya varias décadas.

Con ello se superaría uno de los problemas que constriñen el estudio de la Edad del Hierro y es que muchas interpretaciones sobre ella se apoyan en materiales descontextualizados procedentes de colecciones dispersas o, en el mejor de los casos, de excavaciones antiguas realizadas con poco rigor. Ello no significa que haya que prescindir del importante legado histórico conservado en los museos (por ej. Barril, 1993), pero es necesario trabajar con él aplicando cierto sentido crítico a su verdadero valor documental, discriminando los conjuntos valiosos metodológicamente, de los que no lo son. Es necesario revisar aquellos registros y reordenarlos a la luz de datos recientes en los que haya detrás un buen trabajo de campo, estratigrafías, asociaciones de elementos, fechas absolutas y análisis arqueométricos.

No siempre es así, incluido el caso de fíbulas que se intenta reordenar, sin profundizar en la validez de los datos. Por ejemplo, al revisar la antigua colección de El Berrueco se catalogan bien los hallazgos, pero a la hora de otorgarles una cronología se parte de apriorismos, al aceptar la fecha propuesta para cada tipo hace décadas, aun reconociendo que son piezas carentes de contexto (González Hernández, 2018: 242), perpetuándose de este modo viejos clichés. Sin embargo, la concentración en ese yacimiento de tipos relevantes como codo, bucle, doble resorte Alcores o Acebuchal es significativa y quizás sirva, junto a otros yacimientos, para replantear dataciones, rutas de intercambio e incluso el origen de los tipos. Otro ejemplo similar sería el estudio de las fíbulas de Las Cogotas, también procedentes de viejas colecciones, en el que se aceptan las tradicionales cronologías sin mayor cavilación (Camacho, 2017:149-152), cuando lo conveniente sería buscar conjuntos modernos con los que poder comparar y no seguir transitando por argumentaciones circulares.

También es similar el caso de yacimientos bien excavados recientemente, por ejemplo, la necrópolis de El Castillo de Castejón. Allí se recuperaron más de cien fíbulas, algunas semejantes a las de Herrería (Faro, 2018: 212), pero se obvia el valor tipo-cronológico de otros elementos encontrados junto a ellas y se opta por aceptar la rutinaria cronología del siglo VI a. C. como inicio de la Edad del Hierro (Ibídem: 107). Hay que recordar que las primeras necrópolis de incineración catalanas y navarras aparecen en el ambiente de los Campos de Urnas, con buenas cronologías refrendada por dataciones radiocarbónicas (por ejemplo, Rodanés y Picazo, 1997: 160 y 2010: 209; Castiella y Tajadura, 2001; López-Cachero,

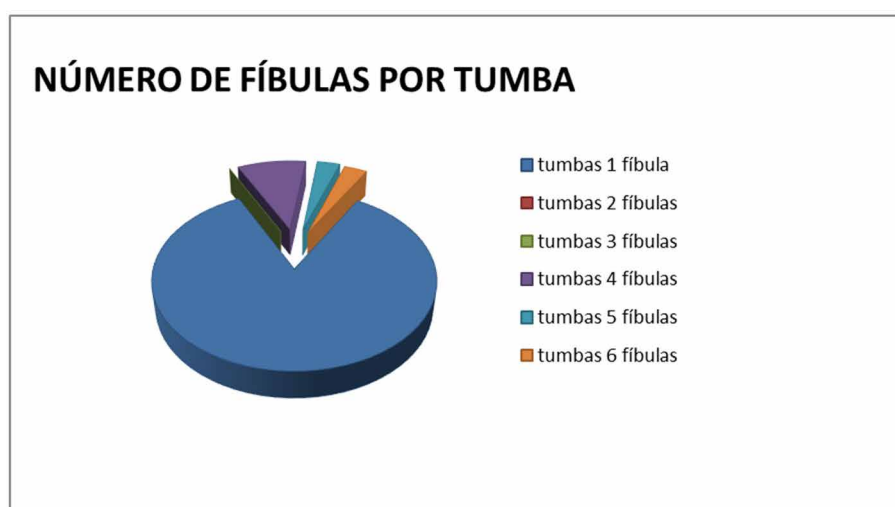


2007: 103; Cerdeño y Sagardoy, 2016: 209), comprobándose que no hubo desapariciones o repentinos vacíos poblacionales en estos territorios, perfectamente socializados.

En la línea de no variar hipótesis de partida, incluimos los argumentos de un reciente trabajo sobre las fíbulas de pivote cuyo origen y uso se intenta restringir en exclusiva al Bronce Final, sin valorar su presencia en sitios de la Primera Edad del Hierro. Se duda de Ceremeño I, Herrería III, Can Pitieu o Vinarraguell, insistiendo en que son fases del Bronce Final, que la cronología propuesta es inconsistente y que es difícil la contextualización de las piezas (Carrasco *et alii*, 2016: 141). Esta afirmación nos sorprende, al menos en los yacimientos que nos resultan más familiares: Ceremeño I es un asentamiento *ex novo*, es decir, no hay vestigios de población anterior en ese cerro y, por ello, la fíbula de pivote encontrada en la despensa de una de las viviendas no puede trasladarse, para que cuadre bien, al Bronce Final; este poblado es un buen ejemplo del cambio de patrón de asentamiento en el momento en que se trasladan a lugares en altura y se inicia la trayectoria de los castros. Igualmente ocurre con la fíbula de pivote de la tumba 115 de Herrería III, porque en dicho trabajo se insiste en su imprecisión y en que no debería estar ahí, sino en los niveles anteriores I o II (Carrasco *et alii*, 2016: 133, 137), intentando así acomodar o cambiar el registro para que apoye la teoría de partida, en vez de aprovechar los nuevos datos para renovar la perspectiva.

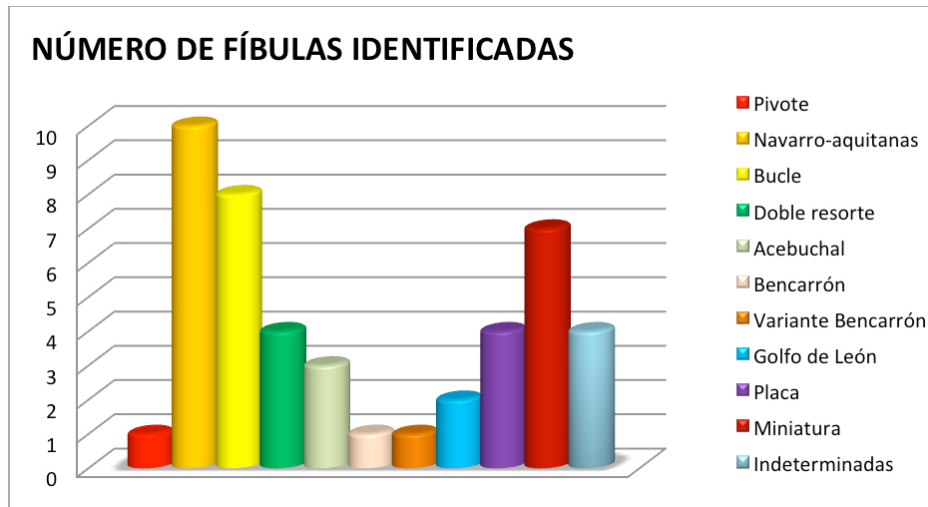
Por ello, insistimos en el interés de las asociaciones y contextos presentes en Herrería III, dado que dotan al conjunto de un especial valor (tablas 1 y 2; gráfico 1). Hay dos modelos mayoritarios: el navarro-aquitano con 10 ejemplares y el de bucle con 8, seguidos de las fíbulas miniatura con 5 y las de doble resorte y placa con 4. Los demás están menos representados numéricamente, aunque ello no les resta interés al ser tan paradigmáticos como pivote, Bencarrón, Acebuchal o Golfo de León. En ocasiones aparecen varios tipos en la misma tumba (3 % de los casos) corroborando la coetaneidad de todos ellos, es decir, que coincidieron en una misma época y ello es compatible, siempre que se demuestre con rigor, que ciertos modelos tuvieron un origen anterior o que otros pervivieron más tiempo. En Ceremeño I también se encontraron fíbulas de pivote, Acebuchal y Berrueco, junto a otros elementos significativos (gráfico 3), siendo destacable que en la fase siguiente aparecieron tipos de fíbulas muy diferentes, diagnósticos ya de la Segunda Edad del Hierro (tabla 1).

**Gráfico 1.** Número de fíbulas aparecidos en las tumbas



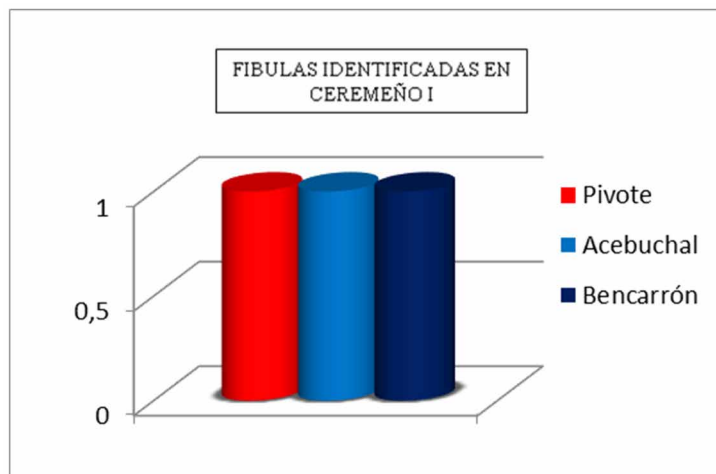
Fuente: elaboración propia

**Gráfico 2.** Fíbulas recuperadas en Herrería III



Fuente: elaboración propia

**Gráfico 3.** Fíbulas recuperadas en El Ceremeño I



Fuente: elaboración propia

También queremos insistir en el tema de la distribución de las fíbulas peninsulares dado que el foco celtibérico ofrece una especial concentración, aun aceptando el sesgo cuantitativo debido a la larga actividad investigadora en estos territorios. Excedería el propósito del trabajo profundizar en la cuestión, pero hay que plantearlo porque conecta con otro problema metodológico como es la consideración de la Meseta como lugar separado por barreras infranqueables al que todo llegó desde fuera y con bastante retraso. Está demostrado que, al menos su reborde oriental, en las estribaciones del Sistema Ibérico mantuvo una intensa relación con el valle del Ebro, especialmente el Bajo Aragón, desde el Bronce Final II en adelante y que a partir de ese momento hubo un aumento paulatino de población que indica movimientos de ideas y personas, que no siempre tuvieron que ser unidireccionales.

Revisando mapas de dispersión de fíbulas de la Primera Edad del Hierro, broches de cinturón, armas de hierro, etcétera (Cuadrado, 1963; Schüle, 1969; Storch 1988; Argente

1994; Graells, 2014; Graells y Lorrio, 2017; Carrasco, 2017), comprobamos que un núcleo mayoritario es siempre Celtiberia, así como el valle del Ebro y su desembocadura, y ello debe ser tenido en cuenta a la hora de analizar el origen y las rutas seguidas por los diferentes modelos. Este asunto fue preocupación tradicional de los investigadores que, en el caso de las fíbulas, ubicaron su origen en diferentes puntos del Mediterráneo desde donde llegaron al sur peninsular distribuyéndose después a otros lugares, sin estar claros los caminos seguidos y olvidando la mayor cercanía y contacto probado entre la Meseta oriental, el valle del Ebro, Cataluña y sur francés.

Resulta interesante el caso de los broches de cinturón de un garfio y decoración a molde, habituales compañeros de las fíbulas, cuya distribución se explica por un camino que, partiendo del Golfo de León, descendería por la costa mediterránea hasta territorios meridionales para, finalmente, llegar a las zonas del interior (Graells y Lorrio, 2017: 106, 145). Sin embargo, el amplio y detallado estudio de las fíbulas itálicas del Golfo de León se inclina por valorar redes de intercambio locales que harían ampliar el área de influencia del Golfo de León hasta la propia Meseta, precisamente a raíz de los hallazgos de Herrería III y especialmente de estos modelos antiguos de fíbulas (Graells, 2014: 217, 272). Cabe pensar incluso en algunos tipos autóctonos, si nos volvemos a fijar en las fechas y el interesante recorrido de las fíbulas navarro-aquitanas.

Todo ello requeriría de un análisis mayor que incluyera y analizara los contextos completos y no solo un tipo de objetos, pues si revisamos el rito incinerador, las estructuras funerarias y otros elementos como los mencionados cuchillos de hierro, el ámbar, etcétera, habría que matizar mucho esas rutas siempre sureñas, dado que en el reborde meseteño encontramos estrechos y tempranos parentescos con las regiones del norte y del noreste. A la luz de los datos recientes, no parecen muy convincentes esos tránsitos peninsulares excesivamente largos que necesariamente tenían que pasar por Andalucía antes de llegar a otros puntos mucho más cercanos al supuesto origen.

#### 4. CONCLUSIONES

Las cuestiones que se plantean al revisar elementos de cultura material son muchas y necesitan un trabajo global minucioso, aunque estas revisiones parciales pueden resultar útiles si con ello se va ordenando el registro arqueológico. Este trabajo está dedicado a las fíbulas de Herrería III, valorando tres aspectos de índole metodológica que nos parecen relevantes: (i) las asociaciones tipológicas que ofrecen, (ii) la cronología de todo el conjunto y, muy relacionado con ello, (iii) la necesidad de replantear las rutas de intercambio y el momento de los contactos que mantuvo el reborde oriental de la Meseta, desde finales de la Edad del Bronce y a lo largo de la Edad del Hierro.

Ya hemos comentado que no podemos atender ahora los aspectos técnicos, funcionales y sociales de las fíbulas, porque el trabajo se convertiría en un volumen, pero queda pendiente dado que los elementos materiales establecen una relación directa entre ellos y las personas que los usaron, ampliando nuestro conocimiento sobre aquellas sociedades. Pero uno de los primeros pasos es disponer de una base empírica válida y en ello juegan un buen papel algunos elementos diagnósticos, siempre aceptando que las seriaciones y catálogos no son inalterables y es necesario actualizar los datos disponibles, al hilo de los nuevos hallazgos y estudios. Deberíamos desterrar de nuestra práctica investigadora la cínica sentencia periodística “no dejes que la realidad estropee una buena noticia”, que arqueológicamente se traduciría en “no dejes que los datos estropeen una buena teoría”.

Las fíbulas encontradas en Herrería III y en el resto de las necrópolis celtibéricas amplían no solo su cantidad, sino también el interés de este núcleo cultural. La concentración de tantos materiales puede deberse sin duda a que es un territorio en el que

se han realizado descubrimientos desde hace más de una centuria, pero aun admitiendo este sesgo cuantitativo, es necesario explicarla sin los apriorismos y clichés establecidos desde la época de los primeros hallazgos. El conjunto que hemos descrito arroja luz sobre temas tradicionales en la investigación, como fue encontrar una fecha precisa y un lugar de origen, naturalmente siempre exógeno. Pero ninguna de las tradicionales propuestas para los diferentes modelos explica bien ni los siglos propuestos, ni la diversidad, cantidad y asociación de los tipos identificados en los enclaves meseteños, debiéndose valorar la posibilidad de tipos autóctonos, bien locales o bien de territorios cercanos.

Ello apunta a uno de los problemas estructurales de nuestros estudios y es que siempre se dio por sentado que todas las características culturales, avances o inventos del solar hispano eran el resultado de corrientes llegadas desde fuera, especialmente si se trataba de los territorios interiores. Ello implicaba y aún implica que sistemáticamente se bajen uno o dos siglos las fechas de la Meseta respecto a cualquier otro lugar peninsular o extrapeninsular sin argumentos demasiado sólidos. Por supuesto que siempre han existido movimientos de gentes e ideas, en estos territorios también, pero no siempre han sido en la misma dirección ni en el mismo momento, como hemos visto en algunos de los casos estudiados.

La cronología tradicionalmente otorgada a la Meseta es un buen ejemplo de los planteamientos que asumían la existencia de auténticos agujeros negros en el devenir de los pueblos prerromanos, que habían saltado desde el Bronce Final II al siglo VI a. C. de manera inexplicada. Pero la actual documentación arqueológica de estos territorios, por no mirar otros entornos, no muestra indicio alguno de que hubiera repentinos vacíos poblacionales en el tránsito hacia la Edad del Hierro que, como en los demás lugares, empezó en el siglo VIII cal a. C., siendo un buen ejemplo de continuidad cultural de las sucesivas ocupaciones de Herrería y de otros yacimientos cercanos. La variedad tipológica de las fíbulas de la necrópolis, en momentos tan tempranos, muestra el dinamismo de estas comarcas interiores e indica las relaciones y contactos que mantuvieron con otros lugares. Las pruebas mayoritarias apuntan hacia el valle del Ebro, Cataluña y la Francia meridional, a través de las cuales pudieron llegar influencias desde la costa, sin realizar previamente un complicado periplo.

## BIBLIOGRAFÍA

- Almagro Bach, M. (1966), "Sobre el origen posible de las más antiguas fíbulas anulares hispánicas", *Ampurias*, 28, pp. 215-236.
- Argente, J. L. (1994), *Las Fíbulas de la Edad del Hierro en la Meseta Oriental. Valoración tipológica, cronológica y cultural*, Madrid, Ministerio de Cultura.
- Arlegui, M. (2012), "La necrópolis de El Inchidero (Aguilar de Montuenga, Soria): estratigrafía, cronotipología y dataciones radiocarbónicas", *Complutum*, 23 (1), pp. 181-201.
- Barril, M. (1993), "El coleccionismo en el Museo Arqueológico Nacional", en A. Marcos Pous, (coord.), *De Gabinete a Museo. Tres siglos de Historia*, Ministerio de Cultura, Madrid, pp. 171-188.
- Cabré, E. y Morán, J. A. (1977), "Las fíbulas en las más antiguas necrópolis de la Meseta Oriental Hispánica", *Revista de la Universidad Complutense, Homenaje a A. García-Bellido*, 109, tomo III, pp. 109-143.
- Camacho, P. (2017), "Las fíbulas del castro de Las Cogotas (Cardeñosa. Ávila)", *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, LXXXIII, pp. 123-156.
- Carrasco, J. y Pachón, J. A. 2006, "La fíbula de codo tipo Huelva. Una aproximación a su tipología", *Complutum* 17, pp. 103-119.

- Carrasco, J. L., Pachón, J. A. y Gámiz, J., (2016), "Datos para el estudio de las fíbulas de pivote en la Península Ibérica. El ejemplar del Cerro de la Mora (Moraleta de Zafayona, Granada)", *Zephyrus*, 77, pp. 119-145.
- Castiella, A. y Tajadura, J. (2001), "Campos de Urnas en Navarra", *Cuadernos de Arqueología de la Universidad de Navarra*, 9, pp. 197 -222.
- Cerdeño, M. L. (1980), "Dos nuevos modelos de fíbulas-placa en la Meseta Oriental". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, XLVI, pp. 153-160.
- Cerdeño, M. L. y Chordá, M. (2004), "Fíbulas de tipo navarro-aquitanas en el área celtibérica", *Cuadernos de Arqueología Universidad de Navarra*, 12, pp. 161-175.
- (2017), "Hierros antiguos en la Meseta oriental. La Celtiberia olvidada", *CuPAUAM*, 45, pp. 47-65.
- Cerdeño, M. L. y Juez, P. (2002), *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*, Teruel, Monografías Arqueológicas del S.A.E.T., 8.
- Cerdeño, M. L. y Sagardoy, T. (2007), *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*, Zaragoza, Fundación Segeda-Junta Comunidades Castilla-La Mancha.
- (2016), *La necrópolis de Herrería I y II. Las fases culturales del Bronce Final II-III*. Madrid, La Ergástula.
- Collado, O., Ibáñez, R., Nieto, E. y Cotino, F. (1991-1992), "Dataciones por radiocarbono en Montón de Tierra, Griegos (Teruel): el C-14 como método de fechación del período Celtibérico Antiguo", *Kalathos*, 11-12, pp. 139-159.
- Constantine, T. y Bilbao, M-V. (2013), "Les fibules de l'Âge du Fer en Aquitaine", en *L'Âge du Fer en Aquitaine et ses marges. Mobilité des hommes, diffusion des idées, circulation des biens dans l'espace européen à l'âge du Fer*, Actes du XXXVe Colloque de l'AFEAF, Bordeaux, pp. 309-318.
- Constantine, T. y Chordá, M. (2014), "Las fíbulas navarro-aquitanas y su contextualización a ambos lados de los Pirineos", en F. Burillo y M. Chordá (coords.), *VII Simposio sobre los Celtíberos: nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Zaragoza, pp. 223-230.
- Cuadrado, E. (1957), "La fíbula anular hispánica y sus problemas". *Zephyrus*, 8, pp. 5-76.
- (1963), "Precedentes y prototipos de la fíbula anular hispánica", *Trabajos de Prehistoria*, 7, Madrid, CSIC.
- Chordá, M. (2008-2009), "Análisis radiocarbónicos en la necrópolis de Griegos (Teruel)", *Revista Teruel*, 92, pp. 7-18.
- (2014), "Nuevas interpretaciones en la necrópolis celtibérica de "El Cuarto" de Griegos (Teruel)", *VII Simposio sobre los Celtíberos: nuevos hallazgos, nuevas interpretaciones*, Zaragoza, pp. 397-404.
- Faro, J. A. (2015), "La necrópolis de El Castillo (Castejón, Navarra). Vajilla e instrumental metálico de sacrificio y banquete en el valle medio del Ebro (s. VI-III a. C.)", *Lucentum*, 34, pp. 31-118.
- (2018), "Las fíbulas navarro-aquitanas y su evolución en el valle medio del Ebro. La necrópolis del Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra)", *Aquitania*, 34, pp. 87-116.
- Faro, J. A. y Unzu, M. (2006), "La necrópolis de la Edad del Hierro de El Castillo (Castejón, Navarra). Primeras valoraciones 200-2002", *Complutum*, 17, pp. 144-166.
- Giesen, K. (2001), "Zyprische Fibeln Typologie und Chronologie", *Studies in Mediterranean Archaeology and Literature*, 161.
- Gil-Mascarell, M. y Peña, J. L. (1989), "La fíbula 'ad occhio' del yacimiento de la Mola d'Agres", *Saguntum*, 22, pp. 125-145.
- González Hernández. P. (2018), "Clasificación tipológica de las fíbulas protohistóricas de El Berrueco (El Tejado, Salamanca)", en N. Hernández, J. Larrazabal y R. Portero

- (coords.), *Arqueología en el valle del Duero. Del Paleolítico a la Edad Media*, 6, Valladolid, Glyphos Publicaciones, pp. 241-256.
- Graells, R. (2014), "Problemas de cultura material: las fíbulas itálicas de la Primera Edad del Hierro en el Golfo de León", *Madrider Mitteilungen*, 55, pp. 212-315.
- Graells, R. y Lorrio, A. J. (2017), *Problemas de cultura material: broches de cinturón decorados a molde de la Península Ibérica (s. VII-VI a. C.)*, Publicaciones de la Universidad de Alicante, Alicante.
- López-Cachero, F. J. (2007), "Sociedad y economía durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro en el Noreste peninsular: aproximación a partir de las evidencias Arqueológicas", *Trabajos de Prehistoria*, 64 (1), pp. 99-120.
- López-Cachero, F. J. y Rovira, M. C. (2012), "El món funerari a la depressió prelitoral catalana entre el Bronce Final I la Primera Edat del Ferro: ritual i dinamismo social a partir del registre arqueològic", en M. C. Rovira, F. J. López Cachero y F. Mzière (dirs.), *Les necròpolis de incineració entre l'Ebre i el Tiber (segles IX-VI a. C): metodologia, practiques funeraris i societat*, Barcelona, Museu d'Arqueologia de Catalunya, Monografies, 14, pp. 37-55.
- Maluquer, J. (1953), "La necrópolis de la Edad del Hierro de La Torraza, en Valtierra (Navarra)", *Príncipe de Viana*, LII-LIII, pp. 243-269.
- Maluquer, J. y Vázquez de Parga, L. (1957), "Avance del estudio de la necrópolis de 'La Atalaya', Cortes de Navarra", *Excavaciones en Navarra*, V, pp. 123-188.
- Marlasca, R., Rovira, M. C., Carlús, X., López Cachero, J. F. y Villena, N. (2005), "Materiales de importación en la necrópolis de Can Piteu-Can Roqueta (Sabadell, Barcelona)", en S. Celestino y J. Jiménez (dirs.), *El periodo orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: protohistoria del Mediterráneo Occidental*, Anejos del Archivo Español de Arqueología, XXXV, pp. 1039-1049.
- Martínez Ruíz, M. (1989), *Fíbulas Protohistóricas en el Sur de la Península Ibérica*, Sevilla, Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Martínez-Sastre, V. (1992), "El poblado de Campos de Urnas de Fuente Estaca (Embú, Guadalajara)", en J. Valiente (ed.): *La celtización del Tajo Superior, Memorias del Seminario de Historia Antigua III*, Universidad de Alcalá de Henares, pp. 67-78.
- Mohen, J-P. (1974), "Les fibules de l'Âge du Fer aquitaine", *Revue Historique et Archéologique du Libournais*, XLII, 152, pp. 78-88.
- (1980), *L'Âge du Fer en Aquitaine du VI<sup>ème</sup> au III<sup>ème</sup> siècle avant J-C.*, Paris, Memoires de la Société Préhistorique Française, 14.
- Navarro, R. (1970), "En torno al paralelo de una placa-fíbula", *Pyrenae*, 6, pp. 47-52.
- Pérez Casas, J. A. (1990), "Las necrópolis de incineración del Bajo Aragón, en F. Burillo (coord.), *II Simposio sobre los celtíberos. Necrópolis celtibéricas*, Zaragoza, pp. 111-121.
- Rodanés, J. M. y Picazo, J. V. (1997), "Bronce Final y Primera Edad del Hierro". *Caesaraugusta*, 72-1, pp. 155-215. Volumen dedicado a Crónica del Aragón Antiguo: de la Prehistoria a la Alta Edad Media.
- (2010), "Aproximación a la demografía de la ocupación de la Primera Edad del Hierro del Cabezo de la Cruz (La Muela, Zaragoza): fases II y III", en F. Burillo (coord.), *VI Coloquio Internacional de Arqueología Espacial, Arqueología de la Población*, Zaragoza, pp. 209-225.
- Ruíz Delgado, M. M. (1989), *Fíbulas protohistóricas en el sur de la Península Ibérica*. Tesis Doctoral, Publicaciones Universidad de Sevilla, 112.
- Schüle, W. (1969), *Die Meseta-Kulturen der Iberischen Halbinsel*, vol. 1-2, Berlín.

- Storch de Gracia, J. J. (1989), *La Fíbula en la Hispania Antigua: las fíbulas Protohistóricas del Suroeste Peninsular*, Tesis Doctoral, Madrid Universidad Complutense.
- Vega, G. (2002), "Dataciones radiométricas del castro de El Ceremeño", en M. L. Cerdeño y P. Juez, *El castro celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*, Teruel, Monografías Arqueológicas del SAET, 8, pp. 127-131.
- (2007), "Dataciones radiocarbónicas de la fase III de la necrópolis de Herrería (Guadalajara)", en M. L. Cerdeño y T. Sagardoy, *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV*, Zaragoza, Fundación Segeda-Junta Comunidades Castilla-La Mancha, pp. 183-186.
- Zamora, T. (2015), *Los cuchillos de hierro procedentes de las necrópolis de incineración catalanas (VIII-VI a. C.). Clasificación funcional y tecnología. El caso de Can Pitieu-Can Roqueta*, Trabajo Fin de Grado, Universidad de Barcelona, (<http://diposit.ub.edu>).